

tres cónsules, de los ministros y de Mr. Fouché, que de hecho había vuelto á ser ministro, aunque sin título de tal; llamó al mismo tiempo á las Tullerías á los coroneles Ordener y Caulaincourt; pero mientras éstos llegaban se puso á consultar varios mapas del Rhin para disponer un proyecto de captura, y no encontrando los que buscaba, iba tirando al suelo confusamente todos los mapas de su biblioteca. El juicioso, sencillo é incorruptible Mr. de Meneval, sin el cual no sabía hacer cosa alguna, pues acostumbraba á dictarle sus órdenes más secretas, se había ausentado aquel día por algunos instantes; hízole avisar que fuera al momento á las Tullerías, dirigiéndole reconvencciones asaz injustas por su ausencia, y continuó sus meditaciones sobre el mapa del Rhin en un estado de emoción extraordinario.

Celebróse el consejo. Un testigo ocular ha dejado consignado en sus Memorias lo que en él ocurrió.

Propúsose inmediatamente la idea de apoderarse del príncipe y del general Dumouriez, sin curarse de la violación del territorio germánico, y dirigiendo, sin embargo, una disculpa al gran duque de Baden en cuanto al modo de hacerlo. Pidió el primer cónsul pareceres, pero hízolo con todas las apariencias de una resolución irrevocable; sin embargo, oyó con paciencia las objeciones que se le hicieron. Su colega Lebrún se mostró temeroso del efecto que semejante suceso produciría en Europa. El cónsul Cambaceres tuvo la fortaleza de oponerse abiertamente á la medida que se acababa de proponer; encareció cuanto pudo lo peligroso de una resolución de aquella especie, así dentro del país como fuera, y el carácter que no podía menos de imprimir en el gobierno del primer cónsul. Insistió principalmente en la consideración de que ya sería de suyo caso hartamente grave prender, juzgar y fusilar á un príncipe de sangre real, aun sorprendido en flagrante delito en el territorio francés, para que el irle á buscar en un suelo extraño no fuera, además de una violación del territorio, una imprudencia suma, porque se le iba á prender cuando tenía en su favor todas las apariencias de la inocencia, tomando el gobierno la de un abuso odioso de su fuerza; suplicó al primer cónsul que por su gloria personal, y por el honor de su política, no acometiera una resolución que rebajaría á su gobierno hasta la línea de esos gobiernos revolucionarios, de los cuales con tanto esmero procuraba diferenciarse. Insistió, finalmente, repetidas veces en su opinión con un calor que no era en él de costumbre, y propuso, como término medio, que se esperara á que aquel príncipe, ú otro cualquiera, fuera aprehendido en el territorio francés para aplicarle entonces las leyes de la época en todo su rigor. Esta proposición fué desechada; se contestó á ella que no era ya de esperar que el príncipe designado para penetrar por la Normandía ó por el Rhin fuera á exponerse á peligros ciertos é inevitables, después que Jorge y todos los agentes de la conspiración habían sido aprehendidos; que, por otra parte, capturando al que residía en Ettenheim, sería probable apoderarse de sus papeles y de sus cómplices, proporcionándose de este modo las pruebas irrefragables de su crimen, conseguido lo cual, podía castigarse apoyándose en la evidencia de los hechos; que sufrir con paciencia que al abrigo de un territorio extraño conspirasen los emigrados en la misma frontera de la Francia, era reconocer la más peligrosa

de las impunidades; que los Borbones y sus partidarios no cesarían nunca de urdir tramas; que entonces sería menester estar siempre castigando, mientras que haciéndolo alguna vez ruidosamente podría volverse después al sistema de clemencia propio del primer cónsul; que los realistas necesitaban un escarmiento; que por lo tocante á la cuestión de territorio, era preciso dar á los pequeños príncipes alemanes una lección, lo mismo que á todo el mundo, y que fuera de esto era hacer un verdadero favor al gran duque de Baden el apoderarse del príncipe sin pedirle que lo entregara, porque le sería imposible negar la extradición á una potencia como la Francia, y de concederla le miraría con odio la Europa entera. Se añadió, por último, que sólo se trataba de asegurar la persona del príncipe, sus cómplices y sus papeles, y que después de apoderarse de él, de examinar las pruebas y el grado de su culpa, se vería lo que convendría hacer.

El primer cónsul apenas se hizo cargo de lo que se dijo en pro y en contra, oyó al Consejo como hombre que tenía tomada su resolución de antemano, y nadie pudo vanagloriarse de haber influido en su determinación. Sin embargo, la resistencia de Cambaceres no pareció enojarle. «Bien sé, le dijo, el motivo que le hace á usted hablar así, y es su celo por mi servicio. Se lo agradezco á usted, pero no me dejaré yo matar sin defenderme. Yo haré temblar á esas gentes, y les enseñaré á vivir en paz.»

La idea de aterrar á los realistas, de probarles que no se ofendía impunemente á un hombre como él, y de enseñarles que la sangre sagrada de los Borbones no tenía á sus ojos más valor que la de cualquier otro personaje ilustre de la república; esta idea, y otras en que entraban á igual parte el cálculo, la venganza y el orgullo de su poder, le dominaban de una manera violenta. Púsose inmediatamente á dictar sus órdenes. Prescribió á los coroneles Ordener y Caulaincourt, en presencia del general Berthier, la conducta que habían de seguir. Mandó al coronel Ordener trasladarse á las orillas del Rhin, llevar consigo trescientos dragones, unos cuantos pontoneros y varias brigadas de gendarmería; proveer á esta tropa de víveres para cuatro días, llevar cierta suma de dinero, para no vivir á costa de los habitantes del país, atravesar el río por Rheinau, dirigirse á marchas forzadas sobre Ettenheim, circunvalar la ciudad, y apoderarse del príncipe y de todos los emigrados que con él se hallasen. Entretanto, otro destacamento sostenido por algunas piezas de artillería, debía marchar por Kehl sobre Offemburgo y apostarse allí en observación hasta que la maniobra quedase cumplida. Al coronel Caulaincourt le mandó pasar, hecho aquello, á ver al gran duque de Baden para entregarle una nota en que se daban explicaciones sobre el hecho que se acababa de realizar. Consistía la explicación en manifestar que, por haber tolerado la concurrencia de los emigrados en sus dominios, había obligado al gobierno francés á disiparla por sí mismo; y que, por otra parte, la necesidad de proceder con toda prontitud y sigilo, no había permitido ponerse antes de acuerdo con su gobierno.

Es inútil añadir que al comunicar estas órdenes á los oficiales encargados de cumplirlas, no se tomaba el primer cónsul el trabajo de explicar cuáles eran sus intenciones al apoderarse del príncipe, ni lo que quería

hacer con él. Sin embargo, el coronel Caulaincourt, que por ciertas relaciones de parentesco conservaba afecto á la antigua familia real, y particularmente á los de Condé, se mostró sumido en una tristeza profunda, aunque él por su parte no tuviera más encargo que llevar una carta y estuviera muy distante de presumir la horrible catástrofe que se preparaba. No pareció advertirlo el primer cónsul, y mandó á ambos ponerse en camino al salir de las Tullerías.

Las órdenes que dió fueron puntualmente cumplidas. Cinco días después, esto es, el 15 de marzo, el destacamento de dragones, con todas las precauciones mandadas, salió de Schelestadt, pasó el Rhin, sorprendió y envolvió la villa de Ettenheim, antes que pudiera llegar á ella la menor noticia de este movimiento. El príncipe, que había anteriormente recibido consejos de prudencia, pero que en aquel momento no recibió aviso alguno de la expedición dirigida contra su persona, se hallaba á la sazón en la casa que tenía costumbre de habitar en Ettenheim. Al verse acometido por una fuerza armada quiso en un principio defenderse, pero reconoció en breve la imposibilidad de hacerlo; entregóse entonces, declaró espontáneamente su nombre á los que le buscaban sin conocerle, y con un pesar profundo de perder su libertad, puesto que aún ignoraba toda la magnitud de su desgracia, se dejó conducir á Strasburgo y encerrar en la ciudadela.

No se hallaron ni los documentos importantes que se esperaba encontrar, ni huella alguna del general Dumouriez que se había creído acompañaba al príncipe, ni ninguna de aquellas pruebas de la conjuración tan encarecidas para motivar aquella captura. En vez del general Dumouriez encontraron al marqués de Thumery y unos cuantos emigrados de poca importancia. El informe que comprendía los estériles pormenores del arresto fué inmediatamente enviado á París.

El resultado de aquella expedición hubiera debido hacer patente al primer cónsul y á sus consejeros la temeridad de las conjeturas que habían formado, sobre todo cuando era tan significativo el error cometido con respecto al general Dumouriez. Pero por desgracia, así el primer cónsul como los que fueron de su opinión razonaron en aquella circunstancia de una manera enteramente torcida. Ya tenían en su poder, pensaban ellos, á uno de esos príncipes de Borbón que con tanta facilidad urdían tramas, y que encontraban hombres imprudentes y locos siempre dispuestos á comprometerse por ellos. Ahora sólo faltaba hacer un terrible escarmiento, ó de lo contrario exponerse á suscitar en el partido realista una sonrisa de desprecio, soltando al príncipe después de haberle capturado. No dejaría por cierto de decir este partido que después de haber cometido una ligereza haciéndole prender en Ettenheim, se tenía miedo de la opinión pública y de la Europa; que habiendo tenido, en suma, voluntad para perpetrar el crimen, había faltado luego el arrojo para consumarlo. En todo caso, siempre era preferible causarles terror á causarles risa. Además, el príncipe no podía hallarse en Ettenheim, tan cerca de la frontera, y en aquellas circunstancias, sin algún motivo poderoso. ¿Cómo era posible que después de amonestado (como lo probaban las cartas que se le habían encontrado) permaneciese tan cercano al peligro, no teniendo algún objeto y al-

guna participación en el proyecto de asesinato? De todas maneras era indudable que estaba en Ettenheim para cooperar á un levantamiento de los emigrados en el interior, para fomentar la guerra civil, y para tomar nuevamente las armas contra la Francia. Todos estos hechos se castigaban con severas penas por las leyes de todos los tiempos, y la razón de Estado exigía que éstas se le aplicasen.

Tales fueron los argumentos que al primer cónsul se le ocurrieron, y que varias veces repitieron los que participaban de su opinión. Desde entonces no volvió á



El duque de Enghien

celebrarse ningún consejo como el que dejamos referido; sólo hubo frecuentes entrevistas entre el primer cónsul y los que lisonjaban su funesta pasión. No sabía desechar la fatal idea de que los realistas eran incorregibles, y de que era menester aterrarlos. Dispuso la traslación del príncipe á París, y le mandó comparecer ante una comisión militar, acusado de haber promovido la guerra civil y tomado las armas contra la Francia. Presentada así la cuestión, ya estaba de antemano resuelta de una manera sangrienta. El 18 de marzo fué sacado el príncipe de la ciudadela de Strasburgo y llevado con escolta á París.

Al aproximarse el plazo de aquel terrible sacrificio, quiso el primer cónsul estar solo.

El mismo día 18, domingo de Ramos, partió para la Malmaison, retiro donde estaba más seguro de encontrar la soledad y la calma que buscaba. Fuera de los cónsules, los ministros y sus hermanos, no recibió allí á persona alguna. Paseaba solo horas enteras, afectando su semblante una tranquilidad que desmentía su corazón. Su misma ociosidad, era prueba de su interior agitación, porque apenas dictó una sola carta en los

ocho días que pasó en aquel retiro: ejemplo de ociosidad único en su vida, cuando pocos días antes Brest, Boloña y el Texel absorbían toda la actividad de su mente! Su esposa, que como toda su familia sabía la prisión del príncipe, y que con una simpatía hacia los Borbones que no podía evitar, se horrorizaba de cualquier efusión de sangre real; su esposa, que con esos presentimientos del corazón propios de su sexo, preveía tal vez en un acto cruel las venganzas que podrían atraerse su esposo y sus hijos, y ella misma, anegada en llanto, le habló repetidas veces, sin creer aún, pero temiendo estuviere ya decretada su muerte. El primer cónsul, que cifraba cierto orgullo en saber reprimir los movimientos de su corazón, de suyo generoso y bueno, por más que hayan dicho los que no le han conocido, despreciaba aquel llanto que temía venciera su constancia, y respondía á madama Bonaparte con una familiaridad que afectaba cierto tono áspero: «Tú eres una mujer, y no comprendes mi política; tu deber es callar.»

El malhadado príncipe partió el 18 de marzo de Strasburgo, y llegó á París el 20, hacia mediodía. Fué detenido en la barrera de Charentón hasta las cinco de la tarde, custodiado en su carruaje por la escolta que le acompañaba (1). En aquella fatal ocurrencia se advertía cierta confusión en las órdenes por la agitación que reinaba entre los que las daban.

Según las leyes militares, el comandante de la división debía formar la comisión, reunir la, y mandar la ejecución de la sentencia. Murat era comandante de París y de la división; cuando recibió el decreto de los cónsules quedó transido de dolor, porque, como dejamos dicho, era valiente y de excelente corazón, aunque á veces irreflexivo: pocos días antes había celebrado la energía que desplegaba el gobierno disponiendo la expedición á Ettenheim; pero comisionado ahora para llevar á cabo sus crueles consecuencias, flaqueó su excelente corazón, y dijo lleno de abatimiento á uno de sus amigos, agarrando los faldones de su uniforme, que el primer cónsul quería echarle una mancha de sangre. Corrió inmediatamente á Saint-Cloud á manifestar á su formidable cuñado los sentimientos de que estaba poseído; pero el primer cónsul, que por su parte se sentía, mal de su grado, propenso á participar de ellos, ocultó bajo su semblante de hierro la agitación que secretamente le dominaba. Temía que su gobierno pareciese vacilar ante el vástago de una raza enemiga; dirigió á Murat expresiones llenas de aspereza, le echó en cara su debilidad, que calificó con palabras de desprecio, y concluyó diciéndole con altanería que él supliría su falta de valor y de entereza firmando con su propio mano consular las órdenes que aquel día hubieran de darse.

Hizo el primer cónsul volver al coronel Savary de la costa de Biville, donde había estado esperando en vano á los príncipes cómplices de la trama, y le confió el cui-

(1) Acaba de publicarse un excelente libro sobre la catástrofe del duque de Enghien. Las investigaciones concienzudas y llenas de sagacidad con que su autor Mr. Nougarede de Fayet ha enriquecido este trozo especial de la historia, le hacen digno de entera fe. Dice Mr. Nougarede que el príncipe fué llevado á la puerta del ministerio de Negocios extranjeros; es posible que sea exacto, pero no habiendo podido comprobarlo de una manera exacta, sigo la tradición más general. (N. del A.)

dato de consumir el sacrificio del príncipe, que no tenía en ella parte alguna. El coronel Savary era un hombre dispuesto á dar su vida y su honor por el primer cónsul; se abstenía de dar el menor consejo y ejecutaba como soldado todo lo que le mandaba un jefe al que profesaba una afección ilimitada. Hizo el primer cónsul extender todas las órdenes, las firmó por su propia mano, y después mandó á Savary que las entregara á Murat y fuese á Vincennes á vigilar su cumplimiento. Eran dichas órdenes terminantes y positivas; comprendían la formación de la comisión, el nombramiento de los coroneles de la guarnición que debían componerla, la designación del general Hulin para presidirla, la prescripción de reunirse inmediatamente para que todo quedase terminado aquella noche, y para que si la sentencia era de muerte, como parecía indudable, se hiciese cumplir sobre la marcha. Debía pasar á Vincennes un destacamento de la gendarmería escogida y de la guarnición, para guardar el tribunal y proceder á la ejecución de la sentencia. Tales eran las funestas órdenes que firmó por su propia mano el primer cónsul. Debían legalmente ejecutarse en nombre de Murat, pero éste en realidad no tomó en ellas casi ninguna parte. El coronel Savary, fiel á su encargo, se trasladó á Vincennes para cuidar de su cumplimiento.

Sin embargo, no era todo irrevocable en aquellas órdenes; aún quedaba un medio para salvar al desgraciado príncipe. Mr. Real debía pasar á Vincennes para sujetarle á un largo interrogatorio y para hacer que le descubriese cuanto supiera acerca de la trama, de la cual se le creyó siempre cómplice, sin poderlo probar. El mismo Mr. Maret en persona dejó por la noche en casa del consejero de Estado, Real, la orden escrita para que pasara á Vincennes á hacer dicho interrogatorio. Si Mr. Real veía al prisionero, oía de su boca una explicación verídica de los hechos, y se sentía interesado por su franqueza y por sus instancias para ser conducido ante el primer cónsul, aún podía comunicar sus impresiones al que tenía la vida del príncipe en sus poderosas manos. Quedaba, pues, todavía, aun después de pronunciada la condena, un medio para salir del mal camino en que se había entrado, concediendo al duque de Enghien un perdón tan noblemente otorgado como pedido.

Este era el único recurso que quedaba para salvar la vida del joven príncipe y ahorrar al primer cónsul un grave yerro. Traíale esto meditabundo, aun después de las órdenes que acababa de dar; en efecto, retirado en la Malmaison durante aquella triste noche del 20 de marzo, con su esposa, su secretario y algunas damas y oficiales, después de andar vagando de una parte á otra, solo, distraído á afectando serenidad, fué al fin á sentarse delante de una mesa, donde se puso á jugar al ajedrez con una de las damas de más distinción de la corte consular, la cual, sabiendo que el príncipe era llegado, temblaba de espanto pensando en las consecuencias posibles de aquella fatal jornada (2). El primer cónsul, á quien no se atrevía á mirar de frente, continuaba preocupado, y murmuró repetidas veces los versos más conocidos de nuestros poetas sobre la cle-

(2) Era esta dama la señora de Remusat, la cual dejó consignada esta relación en sus Memorias, escritas con tanto interés como ingenio é inéditas hasta el día de hoy. (N. del A.)

mencia, desde los que Corneille puso en boca de Aunguosto, hasta los que pone Voltaire en boca de Alcira.

No podía ser esto una sangrienta ironía, pues además de inútil hubiera sido vil y baja; era que aquel hombre de tanto carácter estaba agitado y paraba su mente de vez en cuando á considerar en su interior lo grande y noble del perdón que se concede á un enemigo vencido y desarmado. Creyó la dama salvada la vida del príncipe, y se entregó á su júbilo; pero se engañaba desgraciadamente.

Reunióse la comisión con toda prisa, ignorando la mayor parte de sus individuos quién era el reo á quien iban á juzgar. Díjoseles que era un emigrado perseguido por haber atentado contra las leyes de la república é hízoseles saber su nombre; pero varios de aquellos soldados de la república, niños cuando cayó desmoronada la monarquía, apenas sabían que llevaba el título de Enghien el heredero presunto de los Condés: sin embargo, aquella misión era para ellos dolorosa, porque hacía muchos años que ya no se condenaba á ningún emigrado. Compareció ante ellos el príncipe; su semblante era sereno, su apostura digna y hasta cierto punto altiva, é ignoraba aún la suerte que le esperaba. Preguntado acerca de su nombre y de sus hechos, respondió con firmeza, rechazó toda complicidad en la trama actualmente perseguida por la justicia, y declaró, quizás con demasiada jactancia, que había servido contra la Francia y que se hallaba en las orillas del Rhin para militar otra vez y del mismo modo. Insistió el presidente en este punto con la intención visible de hacerle advertir lo peligroso de aquella declaración, formulada con semejantes palabras; mas el repitió lo mismo que había dicho con una seguridad que ennoblecía el peligro, pero que ofendió á aquellos soldados veteranos acostumbrados á verter su sangre en defensa del suelo patrio. Esta impresión no podía serle favorable. Pidió el príncipe repetidas veces, y con energía, ver al primer cónsul. Fué llevado otra vez á su torre y se abrió la deliberación. Aunque sus declaraciones reiteradas le designasen como enemigo implacable de la revolución, su juventud y su valor no pudieron menos de conmover el corazón de aquellos militares. Pero presentada la cuestión del modo que lo había sido, su solución debía forzosamente ser funesta. Las leyes de la república, y de todas las épocas, castigaban con pena de muerte el hecho de tomar las armas contra la Francia; sin embargo, también se habían infringido otras leyes contra el príncipe al prenderle en territorio extraño y al privarle de toda defensa, y estas consideraciones hubieran debido influir en la determinación de los jueces. Estos veteranos, dignos de lástima, en la confusión en que se encontraban, y pesárosos cual no es posible imaginarse, pronunciaron la sentencia de muerte. La mayor parte de ellos, sin embargo, expresaron su deseo de someter el fallo á la clemencia del primer cónsul, y sobre todo de presentarle el príncipe, que había pedido verle; pero las órdenes de por la mañana, que prescribían que quedase todo concluido durante la noche, eran terminantes. Sólo Mr. Real podía, si llegaba é interrogaba al príncipe, obtener una próroga; pero monsieur Real no se presentó. Pasó la noche, é iba á despuntar el día; fué conducido el príncipe á un foso del castillo, y allí con un valor digno de su nacimiento,

recibió el fuego de los soldados de la república, á quienes tantas veces había combatido al frente de las filas austriacas. ¡Tristes represalias de la guerra civil! Fué enterrado en el mismo sitio donde cayó muerto.

El coronel Savary partió inmediatamente á dar cuenta al primer cónsul del cumplimiento de sus órdenes.

En el camino encontró á Mr. Real que se dirigía á interrogar al prisionero. Este consejero de Estado, extenuado de fatiga por un trabajo continuado de varios días y noches, había mandado á sus criados que no le despertasen, y hasta las cinco de la mañana no recibió la orden del primer cónsul que dejó en su casa Maret. Fué al punto á cumplirla, pero ya demasiado tarde; no era aquella, como se ha supuesto, una maquinación urdida para manciillar con un crimen el nombre del primer cónsul; nada de eso; fué un accidente meramente casual, que privó al desgraciado príncipe del único recurso que le quedaba para salvar su vida, y al primer cónsul de una ocasión feliz de sacudir la mancha que caía sobre su gloria. ¡Deplorable consecuencia de la infracción de las formas ordinarias de la justicia! Cuando se infringen estas sagradas formas, inventadas por la experiencia de los siglos para guarecer la vida de los hombres de los errores de los jueces, todo queda á la merced del azar y de cualquiera ligereza. ¡La vida de los acusados, y el honor de los gobiernos, dependen á veces de la coincidencia más fortuita! Sin duda alguna el primer cónsul tenía su resolución tomada; pero su agitación era indudable, y si hubiera llegado hasta él el clamor del infeliz Condé demandando la vida, tal vez no hubiera sido insensible á este clamor, y hubiera cedido al impulso de su corazón haciendo un acto glorioso.

El coronel Savary llegó á la Malmaison lleno de emociones, y su presencia originó una dolorosísima escena. Madama Bonaparte, al verle, comprendió que todo estaba ya consumado, y se puso á llorar desconsoladamente. Mr. de Caulaincourt alzaba clamores de desesperación, diciendo que habían querido deshonrarle. El coronel Savary entró en el despacho del primer cónsul, que se hallaba solo con Mr. de Meneval, le dió cuenta de lo que acababa de hacerse en Vincennes, y el primer cónsul le interrumpió preguntándole: —¿Ha visto Real al prisionero?—No bien acababa el coronel de responderle negativamente, se presentó Mr. Real, y se disculpó, temblando, de no haber cumplido la orden que se le había dado. El primer cónsul, sin expresar aprobación ni censura, despidió á aquellos dos instrumentos de su voluntad, y se encerró en una pieza de su biblioteca, donde permaneció solo algunas horas.

Por la tarde comían en la Malmaison varias personas de su familia. En todos los semblantes se advertía seriedad y tristeza: ninguno se atrevía á hablar, y el primer cónsul permanecía silencioso como todos. Ya el silencio empezaba á ser embarazoso, cuando, al levantarse de la mesa, él por sí mismo lo rompió dirigiendo la palabra á Mr. de Fontanes, que llegó á la sazón, y que vino á ser su único interlocutor. Mr. de Fontanes estaba aterrado del hecho cuya noticia había cundido por todo París, pero en aquel paraje nunca se hubiera atrevido á manifestar sobre él su opinión; escuchó con mucha atención, pero anduvo muy parco en las respuestas. El primer cónsul habló mucho desde entonces, como procurando llenar el hueco que dejaba el silencio de sus

comensales; discurrió sobre los príncipes de todas las épocas, sobre los emperadores romanos, sobre los reyes de Francia, sobre Tácito, y sobre los juicios de este historiador, sobre las crueldades que á veces se achacan á los jefes de los imperios por haber cedido meramente á ciertas necesidades inevitables; y por último, viniendo á parar, después de largos rodeos, al trágico suceso de aquel día, pronunció estas palabras:—Se quiere destruir la revolución atacando á mi persona, pero yo sabré defenderla; yo, porque soy la revolución misma... De hoy en adelante se mirarán mucho en ello, porque sabrán *de cuánto somos capaces*.

Muy poco honroso es para la humanidad tener que decir que el terror inspirado por el primer cónsul influyó eficazmente en la conducta de los príncipes de Borbón y de los emigrados, los cuales, viendo que el suelo germánico no había podido servir de barrera ni al desgraciado duque de Enghien, creyeron perdida su seguridad, y desde entonces cesaron de fraguar tramas de aquella especie. Pero no basta esta triste utilidad á justificar semejantes actos, y un peligro más para la persona del primer cónsul, tantas veces expuesta en los campos de batalla, era preferible á la seguridad comprada á tanta costa!

Cundió en breve por París el rumor de que un príncipe había sido aprehendido, trasladado á Vincennes y fusilado, y la sensación que produjo fué grande y deplorable. Desde el arresto de Pichegrú y de Jorge había llegado á ser el primer cónsul objeto del más solícito interés, y todos estaban indignados contra los que se habían asociado con los chuanes para conspirar contra su vida; era la opinión severa con Moreau, cuya culpa, aunque menos probada, empezaba, no obstante, á adquirir cierta verosimilitud, y se hacían los más ardientes votos por el que continuaba siendo á los ojos de todos el numen tutelar de la Francia. Pero el sangriento suplicio de Vincennes obró una reacción repentina: los realistas, exasperados en sumo grado, quedaron todavía más poseídos de espanto; pero los hombres probos se dolieron profundamente de ver á un gobierno hasta entonces modelo, manchar sus manos de sangre, y bajar en un solo día hasta el nivel de los que habían sentenciado á muerte á Luis XVI, y, fuerza es reconocerlo, sin la disculpa de las pasiones revolucionarias que en 1793 trastornaron las cabezas más privilegiadas y los más sanos corazones.

Sólo se mostraban satisfechos los revolucionarios ardientes, aquellos cuyo insensato predominio había venido á herir de muerte el primer cónsul, porque en un solo día le vieron igualarse con ellos. Ninguno de éstos podía ya temer que el general Bonaparte trabajase en lo sucesivo para los Borbones.

¡Singular miseria de la razón humana! Ese hombre extraordinario, dotado de una mente tan vasta, tan justo, de un corazón tan generoso, se mostraba, hacía poco, lleno de severidad con los revolucionarios y con sus excesos: juzgaba sus extravíos sin la menor indulgencia, y aun á veces con notoria injusticia; reprochábales amargamente haber derramado la sangre de Luis XVI, deshonrado la revolución, y hecho á la Francia incompatible con la Europa! Así discurría con mente serena; y de repente, así que sintió excitadas sus pasiones, cometió en un instante un acto igual al que había perpetrado la

revolución contra la persona de Luis XVI, y que tan severamente echaba en cara á los que le habían precedido, y se colocó con respecto á la Europa en un estado de posición moral que hizo en breve inevitable la guerra general, y le obligó á ir á buscar la paz, ¡paz magnífica sin duda! á Tilsit, á un confin remoto de la Europa.

Nada como estos espectáculos para confundir el orgullo de la razón humana, y para enseñar que el genio más privilegiado no se libra de los errores más vulgares cuando abandona el hombre á las pasiones, aunque no sea más que por un instante, el dominio de sí mismo.

Pero para ser enteramente justos, después de haber deplorado un extravío tan funesto, analicemos las causas que lo produjeron. ¿Quiénes fueron sus verdaderos autores? Indudablemente esos mismos emigrados, que después de haber exasperado á la revolución, cuando todavía era inocente, abandonaron su patria para hacer en todas partes prosélitos contra la Francia. La revolución, arrepentida, y conducida por un hombre grande, aparecía ya sabia, humana y pacífica: había vuelto á abrir las puertas de su suelo natal á esos emigrados, les había devuelto sus bienes, y se disponía á restituirles todo el brillo de su antigua situación. Y ¿cómo correspondieron ellos á tanta clemencia? ¿Se mostraron, por ventura, agradecidos, ó pacíficos siquiera? No. Fueron á una nación vecina, envidiosa de nuestra grandeza, y allí convirtieron las libertades de su constitución en armas ofensivas contra la Francia. A fuerza de indignos folletos lograron exacerbar el orgullo de dos pueblos, harto quisquillosos, y después de haber contribuido á armarlos uno contra otro, no se limitaron á servir como soldados al gobierno británico, sino que también quisieron favorecerle fraguando conspiraciones. Tramaron una celada indigna: disfrazaron con miserables sofismas una tentativa de asesinato; enviaron á Francia á Jorge y á Pichegrú; echaron mano de todos los hombres á quienes ofendía la gloria del primer cónsul; extraviaron y pervirtieron á Moreau; le engañaron, se dejaron engañar por él, y después, cuando á fuerza de cometer imprudencias fueron descubiertos por el ojo vigilante del hombre á quien querían matar, se acusaron unos á otros; y por último, habían creído justificarse declarando abiertamente que un príncipe francés debía ponerse al frente de una empresa tan vergonzosa! El hombre grande contra quien iban dirigidas tan odiosas insidias, resentido de verse trocado en blanco del tiro mortal de los mismos á quienes había libertado de la persecución, se dejó arrastrar por una cólera funesta. Esperó al pie de una roca al príncipe, cuya llegada se le anunciaba; le esperó en vano, y con la mente turbada por las declaraciones de los mismos conjurados, divisó, en efecto, allá en la orilla del Rin, á un príncipe que estaba esperando la renovación de la guerra civil. Este descubrimiento trastornó su razón; tomó á este príncipe por el caudillo de los conspiradores que atentaban contra su vida; cifró cierta jactancia en prenderle en el territorio germánico, y en castigar á un Borbón como á un cualquiera del vulgo, y le dió muerte para enseñar á los emigrados y á la Europa cuán peligroso é insensato era intentar á su persona.

Espectáculo doloroso de que todos, aun las mismas víctimas, tenían la culpa; espectáculo en que se vió á

los franceses convertirse en instrumentos del poderío británico contra el propio poderío; á los Borbones hijos y hermanos de reyes, destinados á ceñir á su vez la corona, confundirse con viles salteadores de caminos: al último de los Condés pagar con su sangre las tramas de que no era autor, y á este mismo Condé, á quien sólo por haber sido víctima se quiere pintar como inocente de toda culpa, delinquir también alistándose nuevamente bajo la bandera británica contra la de su patria; y finalmente, á un grande hombre fascinado por la cólera, por el instinto de su conservación y por el orgullo, perder en un instante aquella prudencia que en él admiraba el universo, y degradarse con el crimen de los revolucionarios sangrientos que estaba destinado á refrenar con sus manos triunfadoras, y á quienes se jactaba de no haber tomado nunca por ejemplo. ¡Fatal encadenamiento de las pasiones humanas! El que recibe daño, quiere á su vez causarlo; cada golpe recibido es un golpe dado; la sangre clama por sangre, y las revoluciones se convierten de este modo en una serie de represalias

sangrientas, que nunca tendrían término si no llegase por fin el día en que esta ley general cesa, en que no se vuelve injuria por injuria, en que á esa cadena de venganzas sucede una justicia tranquila, imparcial y humana, y en que se antepone á esta misma justicia, si es que puede haber algo superior á ella, una política elevada y previsora que sólo permite cumplir entre los fallos de los tribunales, los más precisos, absolviendo de los otros á los corazones extraviados, susceptibles de enmienda y corrección. Defender el orden social, conformándose con las reglas estrictas de la justicia, y sin pagar tributo á la venganza, tal es la lección que es preciso sacar de estos trágicos acontecimientos. Otra también se deduce de ellos, á saber: que juzguemos con indulgencia á los hombres de todos los partidos, que habiéndonos precedido en la carrera de las revoluciones, formados entre las corruptoras turbulencias de las guerras civiles, y excitados sin cesar por la sangre vertida, no tenían á la vida el mutuo respeto que felizmente nos han inspirado el tiempo, la reflexión y una paz dilatada.